

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL GAVILAN

NOVELA DEL CAMPO COLOMBIANO

NO conocíamos una novela moderna que nos describiese la vida rústica de Colombia. Si descontamos las escenas campesinas de «María» de Isaac y las descritas por Marroquín en su novela «El moro», no es frecuente en Colombia este género novelesco. Conozco algunos cuentos de Efe Gómez y de Tablanca. Parte de «La Vorágine» es también descripción de las estancias de la llanura; pero, en general, la novela de ambiente en los países del Norte de la América Austral no había sido cultivada como en las zonas templadas del continente. Abundan en aquellas regiones, caldeadas por el sol, de prodigiosa fecundidad los poetas líricos, y es natural. La poesía es crisis, exaltación como es una crisis de la naturaleza la maravilla de la selva y la violencia de las lluvias tropicales. La novela, en cambio, cada día se hace más científica y reflexiva. Así me explico su mayor desarrollo en Chile y en Argentina.

En este último tiempo, sin embargo, la novela ha tenido en toda América una floración inesperada. La revolución mejicana ha dado «Los de Abajo». El llano de Venezuela, «Doña Bárbara». Las sierras del Ecuador «Plata y Bronce» de Chavez y «Don Goyo» de Aguilera Malta. El altiplano «Raza de Bronce». La pampa argentina a «Don Segundo Sombra» y el matto brasileiro «Macumbirá» de Coelho Netto y «Macunaíma» de Mario de Andrade.

Une a todos estos novelistas, descontando sus modalidades de raza y de técnica, un mismo sentido estético: el americanismo del asunto y su intención heroica. Los protagonistas son héroes. Un curioso rebrote de la epopeya aparece tardíamente en pleno siglo XX. Ciertamente es que la novela europea ha tenido en este siglo un carácter francamente épico, como intérprete

de un nuevo mundo y de un nuevo concepto de la vida. Exaltación proletaria es el populismo francés y los novelistas de la Rusia Soviética, Gladkov o Piniak, entonan un canto grandioso al comunismo naciente.

La novela, sin que los autores se den cuenta, vuelve de nuevo a las fuentes de donde nació. Sus componentes son simples y objetivos, pero la síntesis es de gran efecto artístico. La novela psicológica, aun en manos de Proust y de Joyce, iba perdiendo, poco a poco, su carácter narrativo para hacerse disertación científica, mero análisis de estados de alma. Existía en ellas el documento, la observación novelesca, pero no la novela propiamente tal.

La novela del escritor colombiano Gregorio Sánchez Gómez (Baldomero Arjona) «El Gavilán» nos ha sugerido las observaciones que encabezan estas notas.

En Chile no conocíamos al novelista de Cali. Muy pocos datos he logrado reunir sobre su personalidad literaria y sobre su labor, considerable por el número de obras que figuran en la edición de su último libro.

En la Biblioteca Nacional, sección Americana, encontramos otro libro de Sánchez Gómez «Rosario Benavides», premiado por la Academia Colombiana en 1927.

Son dos novelas de diversa índole, pero ambas se completan, dándonos una visión concreta de la vida colombiana moderna. La ciudad es Cali y el campo ha de ser el valle caucano, donde esa ciudad ha nacido.

Es el señor Sánchez Gómez un novelista nato. Su técnica de narrador es simple, pero de una gran eficacia. Observa bien la realidad y la interpreta sin falsearla. No hay en él pretensiones de estilista, tan frecuentes en los prosistas del trópico, incluso el propio Eustasio Rivera. De ahí que los hechos evocados y los personajes que los realizan surjan por sí mismos, con una objetividad rica en detalles esenciales. Y es ésta, cualidad de verdadero novelista. El autor no aparece nunca entre sus personajes, pero el creador está en todo los momentos de su vida y en todos los lugares que describe. Y además de esto, mejor, como consecuencia de esto, posee el señor Sánchez Gómez el don de exteriorizar el medio urbano o el paisaje campesino, particularizándolo sin excesivo regionalismo. Nos convencemos que esa ciudad es Cali, en Colombia y que esos campos y esos bosques son, efectivamente, los bosques y los campos del valle del Cauca.

La técnica de «Rosario Benavides» pudiera merecer algunos reparos. La novela se inicia magistralmente, pero su final es

flojo, sin interés. Pertenece, seguramente, a la primera época del autor. No así «El Gavilán» en que vemos al novelista en plena madurez. Su concepto artístico no ha cambiado. Ambas novelas son hermanas y revelan iguales condiciones de observación y de técnica, pero en la última hay mayor soltura y un dominio seguro del arte de novelar.

Debemos agregar que el medio campesino en nuestros países de América está menos explotado literariamente y desde luego, más diferenciado por el clima y la producción en cada provincia. En la vida ciudadana, los conflictos se repiten con ligeras variantes. En Chile, en ciudades provincianas como Rancagua, a donde llega el cobre elaborado por los yanquis en «El Teniente», hemos observado un caso semejante al descrito por Sánchez Gómez en «Rosario Benavides».

El caso de Cortada, explotador de los colonos y corruptor de sus hijos, también es común en el feudo inquilinaje de los fundos chilenos y en la colonización de las selvas de Temuco y de Llanquihue; pero la diferencia es grande en la psicología de los personajes. En el Cauca y supongo que en otras regiones de Colombia, las pasiones tienen una violencia desatada. Los hombres parecen estar siempre al borde de la tragedia. En Chile, el campesino se caracteriza por su resignación humilde. Rara vez la venganza es el asesinato del terrateniente que ha arrebatado una hija al inquilino. A menudo, la represalia se resuelve en robos de animales o incendios de sementeras costosas, en que es muy difícil descubrir al hechor, porque toda la comarca se ha hecho cómplice del robo o de la quemazón. Casos como el de don Cacho, de un individualismo épico, casi no se ven en los fundos chilenos.

La figura central del libro es, sin duda, Tiberio Cortada, el gavilán, maestramente dibujado por el novelista.

Se nos presenta de cuerpo entero, vivo y humano desde el principio de la novela, recorriendo sus campos en compañía de Madristo, sus testaferro legal.

«La cabeza de recia pelambre, lo dibuja el novelista, sostenida por el cuello toruno y los hombros fornidos y cuadrados de boxeador; las manos gruesas que casi ni le permitían encoger los dedos; las piernas musculosas, parecidas a columnas de roble. La oscura pupila zahorí, de singular movilidad, pero de mirar penetrante y fijo cuando quería, se tornaba frecuentemente sanguínea como la de la bestia irritada; tenía la boca sensual, delgada y de aspecto cruel; la nariz aguileña, aguda y amenazadora, muy semejante al pico del pájaro rapaz.»

Veamos, ahora, el indumento del ricachón calentano:

«Ancho sombrero de fieltro le cubría la testa imperiosa; tirado hacia atrás, sobre las espaldas, revolaba al golpe del aire la ruana oscura y fina; una zamarras amplias, de cuero flexible y lustroso, envolvían las piernas desde la cintura hasta los pies. Completaban el atavío, las espuelas de tamaño heroico, el revólver indispensable y el rebenque, que es como símbolo de autoridad.»

A tales características físicas, corresponden instintos primitivos y torpes. No hay en Cortada nobleza alguna. Todo él es negativo y brutal. Un sentido oscuro de dominio encauza su vida. Ni piedad ni remordimiento abaten esa vitalidad poderosa. Es la sicología del mestizo americano, sea en los ranchos mejicanos, en los ingenios de la sierra peruana, en el altiplano, en las pampas argentinas o en los fundos chilenos. Las diferencias las determina el medio y los componentes étnicos, indios o negros, que han contribuido al mestizaje. El ricachón del Cauca es un hermano de Pancho Villa o del Pantoja de «Raza de Bronce».

La figura noble, austeramente religiosa de su mujer, doña Dolores Hinojosa, contrasta con la desatada vesanía del latifundista. Tiene esa mujer una raíz profundamente americana y española. Su generosidad piadosa neutraliza los abusos del marido

Y en torno a los poseedores de la tierra se mueve un mundo de servidores y allegados, hábilmente descritos por el novelista; la familia Lucumí, el colono Zacarías Aldana, don Cacho, Mardristo, el alcalde Moncayo, el Jefe de policía Roque Muñoz, el padre Servando. La vida toda de una aldea y de las tierras a medio formar que la han hecho nacer, vive y se agita en el libro del escritor colombiano.

Por sobre sus cualidades de narrador y de psicólogo, posee el señor Sánchez Gómez una cualidad poco frecuente entre los novelistas de América: la de animar el paisaje en el cual actúan sus personajes. Las violentas lluvias de las tierras calientes, las claras mañanas, ruidosas de pericos, las noches cuajadas de astros, los descampados abiertos a filo de hacha, el trágico incendio de la selva, los pájaros y las bestias tienen vida propia y real junto a los hombres que se han establecido cerca de ellos y viven de su explotación.

Véase, por ejemplo, entre otros aciertos pictóricos, esta descripción, musical y colorida de la lluvia tropical que cae sobre la tierra agrietada y sedienta, después de prolongada sequía:

«Impetuosa y recia, semejante a pequeño diluvio, la deseada

lluvia cayó sobre los sedientos campos. Y así continuó durante una hora. Bajo el turbión espléndido, que golpeaba la tierra y la vegetación con inusitada violencia, la montaña parecía estremecerse con temblor largo y voluptuoso. El suelo que el verano reseco y tostó, empapado ahora y reblandecido, se agrietaba superficialmente y cada grieta, cada poro desobstruido, era como boca abierta con avidez para beber el licor benéfico del riego milagroso.»—M A R I A N O L A T O R R E.

UGARTE EN LA CONCIENCIA DE AMÉRICA

(LOS INTELECTUALES SE DIRIGEN AL GOBIERNO ARGENTINO)

HACE dos meses, un grupo de intelectuales de diversas nacionalidades, encabezados por la excelsa mujer de América, Gabriela Mistral, nos dirigimos al Ministro de Instrucción Pública de la República Argentina, en los siguientes términos:

«París-Madrid, Julio 1932.—Excelentísimo señor Ministro: Los escritores suscritos, sudamericanos, españoles, hispanistas franceses, tienen la honra de elevar a la consideración de S. S. una petición informada en la solidaridad profesional y en el aprecio y el interés común de la cultura latinoamericana.

El Gobierno argentino, con una atención efusiva que le honra, ha creado y mantenido desde hace años un gran premio destinado a recompensar la obra o el conjunto de obras más importantes publicadas por un escritor nacional. Esta recompensa ha sido atribuida con un admirable sentido de selección a los mejores escritores argentinos y el acto de honra gubernativa ha señalado al público de manera particular la obra de sus intelectuales representativos, incitándole con ello a conocerla mejor.

El escritor don Manuel Ugarte no ha recibido esta distinción posiblemente por vivir hace muchos años en Europa.

Los suscritos conocen de cerca la labor ilustre de este compañero en sus amplias ramas de libro y de periódico y han apreciado además en muchas ocasiones su labor leal de propaganda de la cultura argentina en Europa.

En los más diversos géneros, novela, poesía, cuentos, ensayos políticos, Manuel Ugarte ha probado las cualidades literarias que corresponden a un maestro de su raza y a un director de la juventud; su influencia espiritual se extiende a la América Latina entera y la raza ha recibido de él doctrina y consejo en sus asuntos vitales.